

Precios de suscripción

En Lorca mes . . . 0,40 pesetas
Fuera . . . 0,50

EL OBRERO

ÓRGANO DEL CENTRO OBRERO

Redacción y Administración

Corredera, 54

No se devuelven los originales

UNO PARA TODOS

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

TODOS PARA UNO

El muerto al hoyo...

La volubilidad de una gran parte de la Humanidad es causa y origen de la mayoría de los males y desgracias que la afligen y diezman, pero donde más latente y visible se manifiesta, donde más arraigo y raíces tiene la humana inconstancia, es desgraciadamente en España. Cometióse el nefasto, —pues no hemos de hacer larga historia retrospectiva— horrible crimen de la Culebrina, y la opinión al tener de él noticia, al conocer los macabros detalles de su comisión, sintióse sacudida por una verdadera explosión de justiciera represalia, iniciándose un movimiento de legítima indignación que hizo vislumbrar la esperanza de que el pueblo reaccionaba y se disponía a exigir el castigo á que se hicieron acreedores las dos fieras humanas que tan bárbaro hecho consumaron.

Pero ¡oh celebrísimo Mural! el pueblo fué poco á poco perdiendo la memoria, y ¡aquí de tus frases! la indignación fué lo que siempre ha sido ¡espuma en un vaso de cerveza!

Recientemente, hará un mes, una explosión—de no se sabe qué, pues hasta la fecha ninguna opinión autorizada lo ha demostrado, abraza en una de las minas de azufre del término á diez individuos, seis de ellos han fallecido á consecuencia de la horrible catástrofe y las restantes quedarán inútiles para el trabajo.

Diez familias sumidas en el desconsuelo y la miseria, que reclaman justicia, que demandan angustias, compasión, tropezando con una sociedad, muy católica y muy cristiana, eso sí, pero que cierra á canto y lodo su oído, su corazón y su bolsa á las ajenas desventuras.

Madres desoladas que lloran sin descanso la pérdida irremparable de los seres: carne de su carne, sangre de su sangre, pedazos de sus entrañas, sacrificados infamemente en el altar de las sociales conveniencias, arrancados del materno regazo por las imperiosas necesidades y exi-

gencias de la vida, sepultados en el ataúd que para sus cuerpos abriera una sociedad atrabiliaria é inhumana que hace del proletario carne de hospital, sin que le produzca embarazo ni desasosiego los daños que produce, las desgracias que ocasiona y los crímenes que consuma.

Seis trabajadores que tras horribles sufrimientos, entre angustiosas contracciones de dolor, después de una vida de miserias y sufrimientos, de amarguras y sinsabores, pierden la existencia rindiendo á la muerte el obligado tributo lejos de sus deudos y parientes, privados de dar el adiós postrero á los seres queridos que con ellos compartieron las pesadumbres inmensas y las contadas alegrías que sintieron en el mundo.

Cuatro inútiles para el trabajo corporal, que veránse obligados á mendigar su subsistencia, abofeteando con su desdicha y su miseria á la sociedad, exhibiendo para inspirar la pública conmiseración las lacerías ó deformidades que en sus cuerpos dejara la catástrofe, recordando con sus peticiones el origen de la desdicha que padecen, como mentís solemne á las manifestaciones habladas de una caridad que no existe y de un cristianismo falso é hipócrita.

Preparada para cuando menos se piense otra nueva catástrofe que mate ó inutilice nuevos braceros, que deje en la miseria nuevas familias; una generación anémica, enfermiza, deformada de cuerpo y entendimiento, sin el desarrollo físico necesario para que se hagan hombres, carne de hospital, que debiera producir y no produce, que debiera pensar y no piensa.

Una Ley que reglamenta el trabajo de mujeres y niños, vigente, burlada, atropellada, incumplida, con un descaro y una tolerancia sin precedentes; un Reglamento de policía de minas que no se respeta, pues las labores, según de público se asegura, no están en las condiciones prevenidas.

Y como corolario de todas estas deficiencias y todas aquellas iniquidades, dos carros en los que se

amontonan como costales de alubias los hombres y las criaturas lesionadas, diez camas sangrando por sus cuatro costados, seis ataúdes camino del cementerio, familias desoladas y en la miseria, unas autoridades que apesar de la catástrofe no han decidido aún imponer el respeto á la Ley y un pueblo estoico, indiferente, esclavo del cacique que se cruza de brazos con evangélica resignación, como si nada hubiera pasado.

DE PROCESIONES

Hasta de presente al menos, que nosotros sepamos, solo dos ramos del comercio han realizado las gestiones que en la reunión tenida por la Cámara de Comercio, se les encomendara, á fin de ver qué se podía ofrecer por el Comercio y la industria para ayuda de las procesiones.

Lástima grande es se deje pasar el tiempo en inútiles discusiones, sin tener para nada en cuenta lo estériles que han resultado siempre cuantos esfuerzos se encaminaron hacia la realización de nuestras fiestas que redundaron en beneficio y pró de nuestro pueblo; pues, siempre lo mismo, la apatía y la indolencia al presidir la mayoría de las iniciativas que á tal fin se hicieron públicas, dejaron un día y otro para mañana lo que pudo haberse hecho en el momento, y habría cambiado completamente el carácter esencialmente privado de las referidas fiestas en ocasión de rendimientos y ventajas para el país.

Y no aleguen quienes de tal suerte se conducen, las circunstancias económicas porque el pueblo atraviesa, pues más vendrán á demostrar con su alegato falto, de base lógica en que apoyarse, la idiosincrasia que en todo tiempo fué en Lorca rémora de cuanto beneficioso y útil se intentara.

Que el pueblo quiere que las procesiones se hagan es indudable, y, al asegurarlo, nos fundamos en las muchas impresiones por nosotros

recogidas entre las distintas clases de la sociedad lorquina.

Las quiere el menestral y el obrero, por que anejos con su celebración están las mil y mil pequeñas, inútiles de enumerar, que le proporcionan ocupación y salario en estos días de obligada y angustiosa holganza; tanto más sensibles cuanto más avanza la Semana Mayor; las quiere el industrial y el tendero, el zapatero y el sastre, el pintor y el carpintero y todas las artes y los oficios, porque necesidad de esas fiestas son la reparación del vestido y el hogar, en el que ha de recibirse digna y decorosamente al amigo ó al pariente que acude desde otros pueblos á presenciarlas.

Las quieren las Hermandades, porque, cuando menos, exhiben ante un público numerosísimo las innumerables riquezas de arte y buen gusto que atesoraron en muchos años de incansante trabajo y rufo batallar.

Las quiere el pueblo todo, que siempre ayudó cuanto pudo á su celebración, pues si hasta aquí solo sirvió para satisfacer su amor propio, más eficaz y grande sería su ayuda, si su organización respondiera á los fines que sirven para otros pueblos sus fiestas y fiestecitas.

Solo hasta de presente una ó dos entidades no dieron señales de vida y se hicieron sordas al llamamiento de la Hermandad del Rosario.

¿Qué piensan el Ayuntamiento y la Comisión de Festejos? ¿En qué actitud se colocará el alcalde señor Terror? ¿Cómo es que ni ha convocado á capítulo á los señores del Concejo y enjaretándoles la consiguiente arenga, ha conseguido conceder una cantidad para ayudar á la celebración de nuestras procesiones? ¿Por qué la Comisión de festejos permanece muda y silenciosa, sin que de su existencia tengamos conocimiento?

Nosotros entendemos que también debe contribuir la Arrendataria del Impuesto de Consumos, la más directamente interesada en que esas fiestas se celebren, pues el consumo en esos días de los artículos de co-